3,72

RELATOS DEL UMBRAL

ÍNDICE

PARTE I. PERSISTENCIA

1. **Noventa y tres días**
2. **La tercera opción**
3. **Desfase**

PARTE II. ENTREABIERTO

4. **Lluvia de metal**
5. **La habitación correcta**
6. **La zona vieja**
7. **Donde se detienen**

PARTE III. TRÁNSITO.

8. **El rellano**
9. **El hueco**
10. **Conexión establecida.**

Epílogo. Vamos.

PARTE I. PERSISTENCIA

NOVENTA Y TRES DÍAS

La notificación apareció en el espejo del baño mientras Clara se cepillaba los dientes con ímpetu un martes por la noche. El aviso, color naranja, emergió en la esquina superior derecha del espejo, emitiendo un molesto pitido.

"Optimización anticipada recomendada. Descenso de un 13% del Índice de Rendimiento Mnémico.

Cita automática asignada: jueves, 16:40 horas en su centro de optimización habitual.

Atentamente, el Ministerio del Recuerdo Útil."

Escupió la pasta sin demasiada sorpresa. Sabía exactamente por qué la llamaban.

En la cocina, evitó el rincón junto a la nevera. La cama gris y el cuenco de acero ya no estaban allí —los había guardado en un armario alto el día después de volver del veterinario sin ella— pero cada mañana rodeaba el espacio vacío como si algo siguiera ocupándolo.

El sistema, eficaz como siempre, debía de haber registrado esa desviación.

Decían que el Ministerio no leía recuerdos concretos, que solo analizaba patrones de la memoria y el pensamiento: bajadas de productividad en el entorno laboral, alteraciones del sueño, microexpresiones persistentes, cambios de rutinas.

Pero Clara sabía la verdad: que el dolor tiene una forma reconocible incluso cuando no se pronuncia.

Su perra Xena llevaba muerta noventa y tres días.

Noventa y tres días eran demasiados para el sistema. Un duelo por un familiar tenía un límite máximo de cien días, en casos excepcionales. El de una mascota ni siquiera figuraba en los protocolos.
Para ella, en cambio, noventa y tres días seguían siendo demasiado pocos.

En la oficina, su pulsera luminosa cambió de verde a ámbar el miércoles por la tarde. Nadie comentó nada. El color era discreto, casi elegante.

—A todos nos ha pasado alguna vez, mujer—murmuró Montse, su dicharachera compañera, desde el escritorio contiguo, sin dejar de teclear alegremente en el ordenador—. Yo voy, aunque no me citen, cada dos meses. Después sales más ligera. Es como ir a la peluquería.

Más ligera.

Clara no quería ligereza, sino poder llorar a su perra en paz.

***

El Ministerio del Recuerdo Útil ocupaba tres manzanas enteras. Blanco y gris, sin ventanas visibles. Todo era pulcro, ordenado, minimalista.

La recibió un hombre joven de sonrisa blanca e impersonal.

—A ver…Clara Vázquez Lozano. Treinta y seis años. Expediente 372-A. Veo que trabaja desde hace diez en el Departamento de Archivo Digital. Sin antecedentes ni multas. Tiene usted un buen historial de optimización, si me lo permite.

Ella asintió.

—Hemos detectado la persistencia de un recuerdo de apego no esencial —continuó—. Duelo prolongado por… ah, sí, pérdida animal.

No utilizó su nombre.

—Era un pastor alemán —dijo Clara—. Se llamaba Xena. Llevaba conmigo nueve años. Tenía cáncer.

El funcionario sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario.

—Comprendemos que los vínculos con animales domésticos pueden generar dependencia afectiva intensa. Precisamente por eso ofrecemos una depuración temprana. Nuestros datos nos confirman que un apego exclusivo reduce la integración social.

Exclusivo.

Clara pensó en el peso tibio de la cabeza apoyada en sus rodillas cada vez que regresaba del trabajo. En la manera en que Xena parecía anticipar sus silencios, consolarla en sus días tristes, hacerla reír con sus juegos brutos.

—No era exclusivo —respondió—. Era… mi mejor amiga.

El hombre hizo un gesto en la tableta y la pared blanca se convirtió en pantalla. Apareció una sala de espera veterinaria. Un cartel sobre vacunación anual. Ella misma, sentada, con la correa en la mano.

La despedida.

El recuerdo final.

—Este núcleo concentra la mayor carga—explicó el funcionario con voz amable—. Si lo eliminamos, el resto perderá intensidad progresivamente, en un par de semanas. Se encontrará mucho mejor.

En la proyección, Xena la miraba con esos ojos ámbar, atentos. Mucho más humanos que los de aquel funcionario.

—No quiero que pierda intensidad —dijo Clara.

—El dolor no es productivo. El Ministerio no elimina lo importante; elimina lo que obstaculiza su progreso.

Clara pensó en el parque en invierno, en la rama demasiado grande que Xena insistía en arrastrar, siempre tozuda. En cómo, el último día, intentó incorporarse solo para acercarse un poco más a ella, y darle el adiós.